

Entrevista



Ragnar Behncke: “El juego necesita dos ingredientes esenciales: confianza e incertidumbre”

Por Bernardita Álvarez C.

142



Investigador en Antropología y Educación, Ragnar Behncke Erazo es un joven experto chileno que, gracias a su historia familiar, se interesó en estudiar a primates en su hábitat natural y así investigar

el origen del aprendizaje. El especialista en pedagogías lúdicas es autor del libro *La evolución del aprendizaje. Fundamentos biológicos para reimaginar la escuela* (Editorial La Fuente, 2022); fue asistente de investigación del Centro de Investigación Avanzada en Educación (CIAE) de la Universidad de Chile; asesoró al Ministerio de Educación de Chile, donde recopiló la voz de distintos intelectuales en la publicación *1,2,3 por mí y por todos mis compañeros, la seriedad del juego en la escuela* (2017); y hoy se encuentra radicado en Ciudad de México, donde trabaja en la Fundación Lego realizando talleres a docentes. Desde allí, conversó con la Revista **Niñez Hoy** sobre la esencia y el sentido de jugar en la infancia.



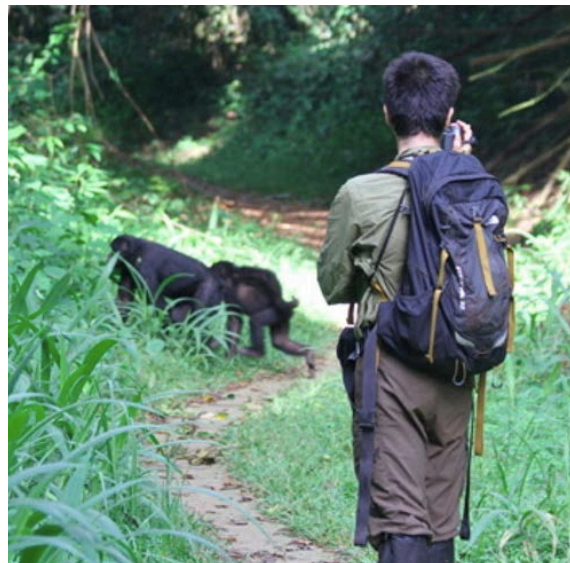
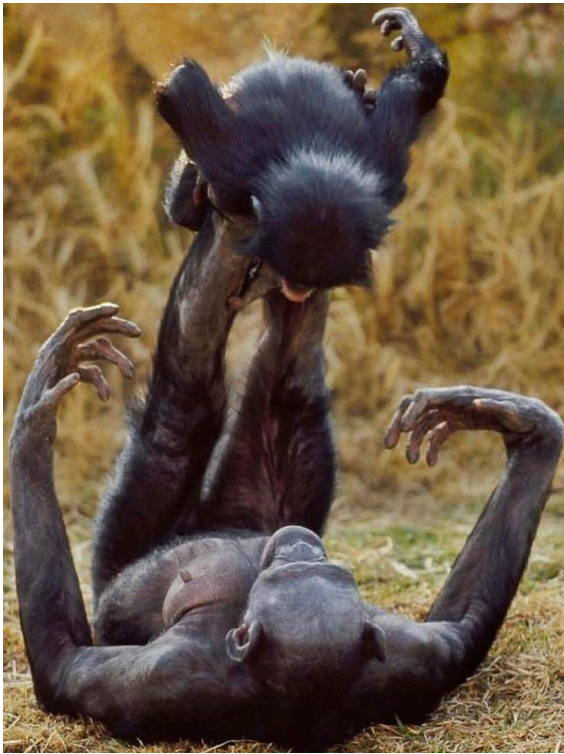
¿Cómo relaciona sus observaciones sobre el juego en primates con la educación en seres humanos, especialmente en la infancia?

“Me interesé por la educación desde la universidad, influenciado por la educación popular de Paulo Freire. Con el tiempo, comencé a ver la educación desde una perspectiva evolutiva, más allá de los seres humanos, ya que muchas especies no humanas también aprenden. Mi hermana Isabel Behncke (primatóloga experta a nivel mundial) se enfocó a estudiar el juego en los chimpancés bonobos adultos en África y me invitó a ser parte de la investigación. Yo había estado siguiendo a una comunidad de monos en Brasil. Juntos viajamos al Congo para estudiar a los bonobos. Al principio no advertimos ningún tipo de juego entre los primates adultos, pero cuando empezó a haber más fruta y ellos no necesitaron moverse tanto para conseguir las calorías del día, empezaron a tener más energía excedente. En ese contexto comenzaron a jugar y ello nos ayudó a entender que el juego requiere un entorno de confianza y, al mismo tiempo, incertidumbre y riesgo.

Observé que los infantes bonobos jugaban porque estaban protegidos por los adultos y alimentados por sus madres. Este ambiente seguro les permitió explorar y jugar, incluso a gran altura, lo que implicaba un riesgo considerable, como colgarse a quince metros del suelo. Vi que, en esta dinámica, el adulto transmite confianza al tomar al infante, mientras que la incertidumbre y el riesgo del juego generan emoción. Los infantes mostraban una ‘cara de juego’, sonriendo, lo que indicaba su disfrute del momento.

Este balance entre seguridad y riesgo es esencial para que el juego tenga un propósito de aprendizaje. Si trasladamos esto a la educación, podemos diseñar espacios de aprendizaje donde haya confianza, pero también incertidumbre y desafío, para motivar a los niños a explorar y aprender de manera autónoma y placentera. Si hay demasiada confianza y poco riesgo, el juego puede volverse aburrido o no fomentar nuevas habilidades. Si hay demasiado riesgo, el estrés puede anular la confianza y detener el juego. El rol de un facilitador, como una profesora o un padre o madre, es encontrar ese equilibrio para que se fomente la actitud lúdica y el disfrute, permitiendo que tanto adultos como niños se diviertan en el proceso de explorar lo incierto.

Además, el riesgo es esencial para generar motivación y placer en el juego. La incertidumbre de no saber qué sucederá a continuación, pero hacerlo en un entorno seguro, crea una sensación de satisfacción profunda. Esto, en términos evolutivos, ha permitido que los animales sociales, como los humanos, aprendan a explorar lo nuevo sin el miedo que experimentan los animales no sociales. Con la confianza de que los adultos los protegerán, los niños y las niñas se sienten atraídos por lo desconocido y esa motivación se convierte en una recompensa que genera placer”.



Fuente: Ragnar Behncke.

Este balance entre seguridad y riesgo es esencial para que el juego tenga un propósito de aprendizaje. Si trasladamos esto a la educación, podemos diseñar espacios de aprendizaje donde haya confianza, pero también incertidumbre y desafío, para motivar a los niños a explorar y aprender de manera autónoma y placentera.

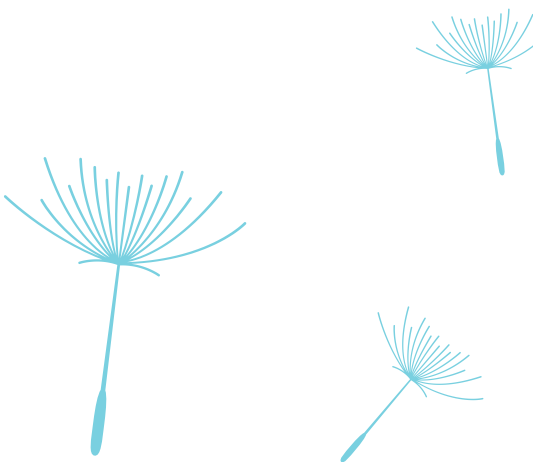


En su libro *La evolución del aprendizaje, fundamentos biológicos para reimaginar la escuela* mencionas cinco claves fundamentales para el aprendizaje: experimentar, imitar, jugar, enseñar e imaginar. ¿Cómo se aplican estas claves en el contexto de la primera infancia?

“Estas claves surgen de observar cómo los seres vivos aprenden desde una perspectiva evolutiva. Primero, la experimentación es la base del aprendizaje, un proceso natural de probar y errar. Los niños, por ejemplo, aprenden mucho a través del juego y la experimentación con su entorno. Luego está la imitación, que nos permite aprender observando a otros, como a los adultos. El juego es la tercera clave, ya que es inherente a la infancia y tiene un papel crucial en el desarrollo de habilidades sociales y cognitivas. La cuarta clave es la enseñanza, entendida como una manera de guiar a los niños y las niñas mediante gestos, miradas y otros recursos que tienen que ver con 'apuntar con una seña', es decir; *en-señar* y alinear la atención y la acción con otro. Y, por último, la imaginación, que nos permite crear historias y escenarios que son esenciales para el aprendizaje colectivo. Estas cinco claves están profundamente interconectadas y son fundamentales para fomentar un aprendizaje motivador y efectivo en la infancia”.



Behncke Erazo, Ragnar (2022)
La evolución del aprendizaje
Fundamentos biológicos para reimaginar la escuela.
Editorial La Fuente



¿Cómo podemos reconectar con esa esencia del juego y el aprendizaje que mencionas?

“Creo que lo más importante es reconocer que, como seres humanos, heredamos estas herramientas de aprendizaje de nuestros ancestros homínidos y de las especies no humanas. El desafío está en cómo facilitamos estos procesos en un contexto moderno, donde las presiones sociales y culturales a menudo nos alejan de la esencia del juego y el aprendizaje natural. Es fundamental crear espacios de confianza, pero también permitir que exista incertidumbre y riesgo controlado. En la escuela, por ejemplo, debemos fomentar entornos donde los niños y las niñas puedan experimentar, jugar e imaginar sin estar sujetos a un currículo rígido. Es un proceso de adaptación que requiere que los adultos, ya sean padres o educadores, comprendan cómo facilitar este tipo de aprendizaje.

Los niños no necesitan un currículo explícito para desarrollar habilidades. En lugar de ser forzados a aprender, experimentan el placer de explorar y descubrir lo nuevo. Así, cuando una niña comienza a gatear, disfruta de ese proceso. Cuando ya domina esa habilidad, busca el siguiente reto: levantarse. Luego, cuando logra pararse, le interesa aprender a caminar y luego correr. Cada vez, enfrenta un poco más de riesgo, pero con mayor confianza, lo que le permite avanzar en su desarrollo.

Este patrón de explorar, practicar y dominar habilidades se repite a lo largo del crecimiento, y lo mismo ocurre con los animales jóvenes que imitan a los adultos. El juego y la imitación se convierten en herramientas poderosas para aprender sin necesidad de instrucciones explícitas. Así, la motivación, el placer y la práctica llevan al dominio de habilidades cada vez más complejas y el proceso de juego se convierte en un motor de desarrollo”.



Fuente: Ragnar Behncke.



¿Cómo se relacionan las herramientas del aprendizaje con la evolución humana?

“Las herramientas del aprendizaje, como jugar, imitar, experimentar, enseñar e imaginar, tienen su origen en nuestra evolución. Como seres sociales y mamíferos, compartimos algunas de estas capacidades con otros animales, como gatos o perros. Sin embargo, los humanos desarrollamos capacidades únicas como la enseñanza, lo que permitió una gran plasticidad cultural y nos dio la habilidad de adaptarnos y crear nuevas formas de organización social. El aprendizaje humano ha evolucionado a través de gestos, miradas y sonidos. Esto permitió a los adultos y niños coordinarse mucho antes del origen del lenguaje, en un espacio común y colaborar. A lo largo de los milenios, el lenguaje evolucionó como una forma sofisticada de coordinación, permitiendo que los humanos compartiéramos ideas abstractas y construyéramos narrativas colectivas. La enseñanza, entonces, comenzó a ser más compleja, simbólica y con más posibilidades colaborativas”.

147

¿Por qué es tan importante jugar, sobre todo en la primera infancia, y cuál es el rol que debiésemos tener los adultos en el juego de las niñas y niños?

“El juego es crucial en la primera infancia porque es la estrategia natural de aprendizaje de todos los animales sociales, incluidos los seres humanos. A lo largo de millones de años, la motivación para aprender jugando se ha estructurado en nuestro cerebro. Esta motivación acelera el aprendizaje de manera exponencial, ya que el juego genera emoción, concentración e intensidad. Cuanto más motivado estás para aprender, más te involucras y eso facilita la *grabación* de la experiencia en las memorias del cerebro, fortaleciendo el aprendizaje y la memoria a largo plazo. El juego no sólo es una herramienta poderosa para aprender, sino que también fomenta el desarrollo integral de los niños y las niñas, tanto en lo emocional, como en lo social, cognitivo y motor. Este aprendizaje es completo y muy eficiente porque el juego activa múltiples áreas del cerebro, algo que hemos heredado como seres sociales.

En cuanto al rol de los adultos en este proceso, es fundamental comprender qué es el juego y su verdadera naturaleza. El juego no necesariamente implica actividades con reglas rígidas. Incluso juegos como el fútbol o los juegos de mesa, si generan estrés, no garantizan la activación de la actitud lúdica si generan estrés. Lo esencial es que el niño o la niña se motiven y exploren de manera alegre, sin presiones, como una forma

de descubrir lo nuevo. Un adulto puede facilitar esta motivación lúdica en diversas situaciones, ya sea en actividades solitarias, como caminar o explorar una idea, o en dinámicas sociales, como aprender algo nuevo o participar en actividades grupales.

Cuando un adulto comprende la importancia de la actitud lúdica y no sólo del tipo de juego, tiene mayor flexibilidad para promoverla en los niños. Es clave que el adulto mismo esté en una actitud lúdica, ya que los niños imitan lo que ven. Si los adultos pueden activar esa actitud lúdica en su propio comportamiento, esto se contagia y se convierte en un motor para el aprendizaje de los niños y las niñas. Sin embargo, en nuestra cultura, el juego de los adultos ha sido poco valorado y, a veces, incluso despreciado. Nietzsche tenía una idea profunda sobre esto: 'la verdadera madurez es alcanzar de adultos la misma seriedad que teníamos de niños al jugar'. Ser capaz de jugar como adulto es fundamental, aunque no siempre es fácil".

Comentó al principio que, en el caso de los primates, para jugar era necesario que hubiera abundancia de alimento y un contexto seguro. En los jardines infantiles también se necesita de un entorno favorable para que los niños y las niñas se conecten con el juego. ¿Por qué es tan importante crear este contexto?

"Sí, efectivamente, como mencionas, es crucial crear un entorno donde los niños y las niñas se sientan cuidados y seguros para que el juego se pueda dar. En los primates, por ejemplo, cuando se sienten protegidos y tranquilos, pueden entrar en un estado lúdico, mientras que cuando hay demasiada incertidumbre junto con estrés, no están dispuestos a jugar. Lo mismo ocurre con los niños en un jardín infantil o escuela: si están en un ambiente estresante, cualquier novedad o actividad nueva será vista como una carga, no como algo divertido".

Para generar un contexto de disfrute y confianza, es esencial que exista una buena relación entre los adultos, basada en el trato amable y en la empatía. Si los niños o los adultos no sienten que sus necesidades son comprendidas, es difícil generar un entorno seguro. Como dice Humberto Maturana, lo primero es 'ser visto'; es decir, sentir que el otro se conecta genuinamente con lo que uno necesita. Cuando los adultos muestran una actitud abierta y empática, los niños y las niñas comienzan a relajarse, se sienten cuidados y empiezan a jugar.

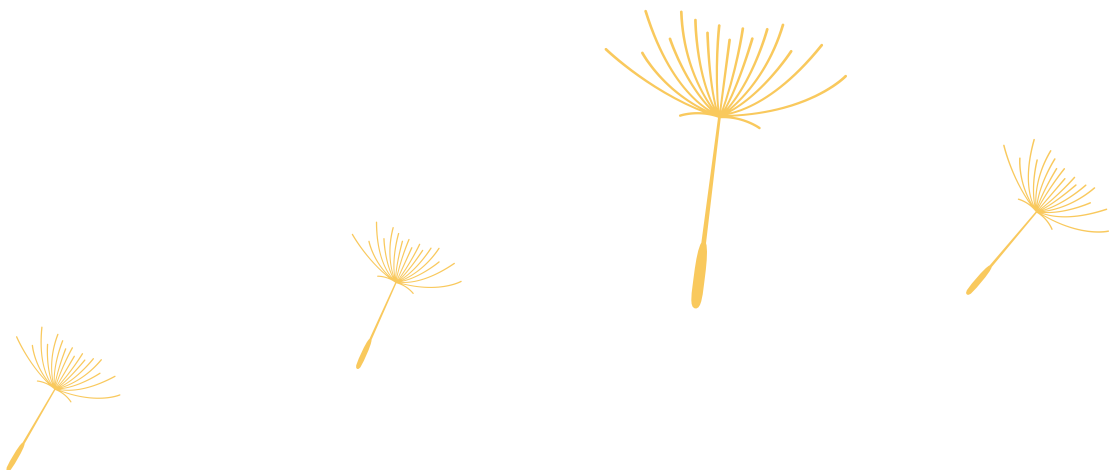
El lenguaje corporal es una herramienta clave: si los adultos muestran expresiones de calma, relajación y sonrisa, los niños y las niñas se sienten más seguros. La sonrisa, por



ejemplo, es una señal evolutiva de que estamos en un contexto de placer y queremos seguir ahí. Cuando los adultos muestran señales de disfrute y se muestran abiertos a lo nuevo, como una broma o una actividad incierta, se estimula la confianza y el deseo de participar. Este círculo virtuoso de confianza e incertidumbre, en el que se aumenta gradualmente el desafío, genera un ambiente lúdico que estimula el aprendizaje.

Para fomentar el juego entre adultos, también es fundamental aumentar la confianza y la incertidumbre de manera progresiva. Si se introduce demasiada incertidumbre sin haber creado un contexto seguro, como cuando un facilitador pide a los participantes que se abracen o jueguen sin haber establecido previamente un ambiente de confianza, se puede generar incomodidad o incluso resistencia. Es importante, primero, escuchar las preocupaciones y emociones de los participantes, ofrecer espacios de autocuidado y asegurarse de que se sientan atendidos. En los talleres que he realizado, por ejemplo, es común que pase mucho tiempo ayudando a los adultos a procesar su estrés o sus inquietudes antes de comenzar cualquier actividad”.

Si los niños o los adultos no sienten que sus necesidades son comprendidas, es difícil generar un entorno seguro. Como dice Humberto Maturana, lo primero es 'ser visto'; es decir, sentir que el otro se conecta genuinamente con lo que uno necesita.



¿Cuál cree que es la mejor forma de jugar? Porque se habla del juego libre, pero también hay quienes creen que el juego debe ser más guiado...

“El desafío es encontrar un balance entre el juego libre y el juego guiado, ya que ambos son esenciales para el desarrollo infantil. El juego libre fomenta la creatividad y la exploración, mientras que el juego guiado, que su caso más extremo es el juego con reglas, ayuda a desarrollar habilidades de adaptación y colaboración basado en acuerdos establecidos. Ambos tipos de juego son importantes y no deben verse como excluyentes, sino como complementarios. El juego guiado puede facilitar aprendizajes específicos, mientras que el juego libre permite mayor autonomía y desarrollo en lo que niñas y niños quieren aprender por sí mismos.

En cuanto al impacto de la tecnología hay que ver cómo las pantallas, que se han vuelto comunes desde la pandemia, afectan a los niños y su desarrollo. A pesar de los avances tecnológicos, creo que la conexión humana sigue siendo esencial para el desarrollo de habilidades socioemocionales. Si bien la tecnología aporta en muchos aspectos, como la inteligencia artificial y la robótica, no debe reemplazar las interacciones sociales, ya que las habilidades colectivas y el cuidado mutuo siguen siendo fundamentales. Es importante mantener un equilibrio, donde las habilidades emocionales y sociales se desarrollen junto con las capacidades cognitivas.

Considero que la evolución del juego y la tecnología debe verse dentro de un enfoque integral que priorice el desarrollo humano en sus diferentes dimensiones, sin perder de vista lo que históricamente ha sido esencial para nuestro bienestar y crecimiento”.

Considero que la evolución del juego y la tecnología debe verse dentro de un enfoque integral que priorice el desarrollo humano en sus diferentes dimensiones, sin perder de vista lo que históricamente ha sido esencial para nuestro bienestar y crecimiento



Ha mencionado a Humberto Maturana. ¿Podría hablar sobre su relación con él y su influencia en su trabajo?

“El encuentro con Humberto Maturana (Premio Nacional de Ciencias de Chile, 1994) fue un punto clave en mi vida. Mi padre, Rolf Behncke, trabajó con él y con Francisco Varela en los años 80, cuando estaban gestando su libro *El árbol del conocimiento*, texto fundamental que abordó los fundamentos biológicos para la comunicación humana. Yo, como hijo de Rolf Behncke, fui testigo de cómo se trabajaba en esa propuesta tan revolucionaria, y con el tiempo pude entender la profundidad de lo que estaban tratando de hacer: buscar una comprensión del ser humano que fuera común a todos, sin centrarse en nuestras diferencias, sino en lo que tenemos en común como especie.

Maturana hablaba de la *autopoiesis*, de cómo los seres humanos, como células, compartimos una historia común que nos permite entendernos, a pesar de nuestras diferencias culturales. Era una mirada biológica que iba más allá de la biología, que incluso se adentraba en lo que en esa época se consideraba casi tabú en la ciencia: el amor. Maturana fue valiente al abordar temas tan complejos, como las relaciones afectivas, la democracia y la educación, desde una perspectiva biológica, cuando aún no se veía con claridad la relación entre biología y emociones, por ejemplo.

Luego, desde que entré a estudiar a la Universidad de Chile, estuve muy cerca de su laboratorio de neurociencias, “El Rayo”, y luego estudié en su instituto Matriztica Biología-Cultural, consolidado y ampliando lo que había aprendido en el entorno cultural en el que crecí. A lo largo de mi carrera, he recurrido muchas veces a los principios que aprendí gracias a Maturana. Por ejemplo, cuando me pidieron hacer una propuesta para un nuevo currículo escolar en México, fue esa visión panorámica de la evolución humana la que me ayudó a dar sentido al proyecto. Entendí que los seres humanos no sólo nos desarrollamos y dependemos de una familia extendida, que heredamos de los orígenes como Homo Sapiens, sino que hemos tenido que adaptarnos a nuevas formas de organización social, como las ciudades y el mundo globalizado. Maturana me enseñó que, al entender el camino evolutivo de la humanidad, podemos abordar los problemas actuales desde una perspectiva más amplia.

Hoy en día, temas como la tecnología, las pantallas y la inteligencia artificial se nos presentan con desafíos complejos. Sin embargo, lo que nos dejó Maturana fue una forma de pensar que nos permite abordar estas cuestiones. No tenemos todas las respuestas, pero sí sabemos cómo enfrentarlas, entendiendo que, como especie, seguimos evolucionando y adaptándonos, conservando lo que hemos desarrollado durante millones de años, sobre todo los aspectos de ser mamíferos y primates sociales. Todo esto, desde una perspectiva biológica que no olvida la importancia de las emociones y las relaciones humanas, algo que él logró conectar de manera histórica en el desarrollo intelectual del puente entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Por eso, todo lo que hago, en parte, es un homenaje implícito a su legado”.